



Mi hermana la mayor

Héctor Abad Faciolince*



Tres de las hermanas de Héctor Abad, de izquierda a derecha: Clara (izq.), Marta y, de pie, en actitud protectora, Maryluz, la mayor.

Mi hermana la mayor arregla muertos. Cuando de preparar cadáveres se trata, todos preferimos no saber bien cómo se hacen estas cosas; no preguntamos mucho y mejor miramos para otro lado. Pero ella, Maryluz, arregla muertos desde que tenía 21 años. Empezó a hacerlo con otra de mis hermanas, Marta, que se murió de cáncer a los 16, y fue mi padre —que era médico— el que le enseñó de qué manera hay que preparar a alguien cuando se muere, para no tener sorpresas desagradables antes del entierro. En medio del dolor, y sobreponiéndose a él, hay que superar el fastidio y la impresión, para

que la vida, o mejor dicho, la muerte, sea un poco menos insoportable o un poco más llevadera.

Ser la hija mayor tiene ventajas y desventajas. Hay responsabilidades con las que nadie más es capaz de cargar porque los otros hermanos son muy jóvenes. Y una de ellas ha sido, para mi pobre hermana mayor, arreglar a los muertos que se nos van muriendo. Digo pobre, pero al mismo tiempo pienso que esa dificultad le ha dado parte de la fuerza de carácter que tiene: Maryluz no se amilana ante ninguna dificultad; ella pasa por encima de lo que sea, sin rendirse nunca. Nada le da asco, nada le da

vergüenza, nada le da miedo. Cuando hay algo casi imposible de resolver, en la casa pensamos: si no lo resuelve Maryluz, no lo resuelve nadie.

Los muertos no hablan, los muertos no sienten, a los muertos no les importa que los vean desnudos, pálidos, demacrados, en el peor momento de su vida, por decirlo así. O quizá haya un momento aun peor, bajo tierra, pero ese ya casi nunca, por fortuna, lo tenemos que ver. La podredumbre final ocurre a oscuras, en la húmeda y fría tierra, a ojos de los gusanos y de las bacterias (si es que tienen ojos), que no se impresionan por nada y a nadie se lo cuentan.

Mi hermana tiene un trato íntimo y cariñoso con los muertos. Ella no arregla a nadie que no sea de la familia, o como mucho la madre o el esposo o el hijo de una amiga muy íntima. Ella arregla tan bien a los muertos (los deja tan presentables, casi como si estuvieran vivos) que uno de mis primos, un empresario exitoso, al ver a su madre muerta, nuestra tía, tan bien arregladita, casi tan agradable de mirar por última vez, le propuso a mi hermana que montaran juntos un negocio (él se ofreció a poner el capital, mi hermana aportaría la mano de obra) de recomponer a los muertos. Mi hermana no quiso.

EN MEDIO DEL DOLOR, Y SOBREPONIÉNDOSE A ÉL, HAY QUE SUPERAR EL FASTIDIO Y LA IMPRESIÓN, PARA QUE LA VIDA, O MEJOR DICHO, LA MUERTE, SEA UN POCO MENOS INSOPORTABLE O UN POCO MÁS LLEVADERA.

En toda familia, tarde o temprano, alguien es derrotado definitivamente. Cuando eso pasa en la mía, Maryluz aparece y hace lo que debe, pero no por dinero. Lo hizo con mi hermana Marta, después con mis abuelos, con algunos tíos, con su suegra, con el esposo o con la madre de algún amigo, o con hijos de amigas íntimas. Seguro que algún día lo hará conmigo, hijos de amigas íntimas. Seguro algún día lo hará conmigo o con mi madre, aunque no sepamos bien qué es lo que hace. Sé que usa algodones y gasas para tapar algunos orificios. Sé que usa coloretos, pintalabios, pestañinas y jeringas para devolverle a la piel cierta vitalidad. Ella es una maquilladora experta y desde muy pequeña se encarga de peinar a mi madre para las fiestas, así que en asuntos de peluquería y estética facial tiene experiencia. Pero supongo que, como amortajadora, debe hacer cosas más oscuras e íntimas que una peluquera. Sé que a los muertos hay que vestirlos bien, y a tiempo, pues sí no es muy difícil que los miembros les doblen y la ropa les quepa. Sé que hay que cerrarles los ojos y rellenarles los cachetes para que no se hundan y para que los pómulos no se marquen demasiado. Sé que la lividez va bajando y que la rigidez se vuelve de piedra. Sospecho que hay que poner algunas inyecciones de alguna



Toda la familia: de izquierda a derecha Clara, mi madre, Eva, Sol, mi padre, yo, Marta -con los brazos en jarras- y Maryluz, la hermana mayor.

sustancia para ganarle a la podredumbre, al menos por un tiempo, la carrera. No sé mucho más.

Creo que hay generosidad y entrega en esta lúgubre tarea. Con ella se regala el último consuelo de una mirada que no sea de horror. Es un acto sereno, firme, amoroso. De hecho, mi hermana no pudo, no tuvo el valor de arreglar a nuestro padre cuando lo mataron. Tuvimos que llevarlo a un tanatorio, y las multitudes nos arrebataron nuestra muerte íntima. Pero el rostro de mi padre estaba hinchado y deforme por la violencia de las balas, mal arreglado por un enterrador de oficio, incompetente, o por un embalsamador sin amor. No quisiera tener el recuerdo de él así. De mi hermana, en cambio, recuerdo mi gesto unos segundos antes de que la bajarán a la tierra profunda: abrí por última vez la tapa del ataúd y mi último recuerdo que tengo de Marta es el de una adolescente rosada y todavía hermosa, gracias a mi hermana la mayor. Cuando yo me muera, quisiera que mis hijos pudieran asomarse a la tapa del ataúd, y mirarme, y hablarme, sin asco y sin miedo.

CREO QUE HAY GENEROSIDAD Y ENTREGA EN ESTA LÚGUBRE TAREA. CON ELLA SE REGALA EL ÚLTIMO CONSUELO DE UNA MIRADA QUE NO SEA DE HORROR. ES UN ACTO SERENO, FIRME, AMOROSO.

Hay oficios raros en esta vida. Y uno de los más raros y difíciles es el oficio de hija mayor. Sobre todo cuan-

do este implica labores como esta. Al fin y al cabo en todas las familias, poco a poco, la gente se va yendo. Sé que últimamente de estas cosas se encargan las empresas de pompas fúnebres. Sé que de esto se habla poco, porque el tema es incómodo. Pero no sé por qué también sospecho que en esos tanatorios no lo tratan a uno, después de muerto, con mucho respeto ni con mucho cariño. No sé por qué los que se dedican a esto como un oficio lucrativo, me parecen personas con una cierta deformación en la personalidad. Quizá me equivoque. En todo caso cuando hay alguien de la familia que lo sabe hacer, me parece mejor, más sabio, más amoroso, y preferible, acudir a ella. Y para la amortajadora, a la larga, un oficio tan duro, tiene una recompensa secreta. Toda dificultad, a las personas que son capaces de cosas así, les parece poca cosa. A mi hermana nada le parece muy difícil. En realidad, solo la muerte la derrota. Pero entonces, todavía, hace algo más, lo único que puede hacerse, lo que hace la vida más llevadera: nos entrega a nuestros muertos, por última vez, de un modo aceptable. Por ella podemos despedirnos de ellos sin llevarnos como última imagen el más triste y horrendo de los recuerdos.

Foto del autor: Daniela Abad

***Héctor Abad Faciolince** nació en Medellín en 1958 y estudió Literatura en la Universidad de Turín. Desde los veinte años ha vivido en diferentes ciudades del mundo. Desde su regreso a Colombia ha combinado la escritura de novelas, ensayos, poemas y cuentos, con trabajos periodísticos y editoriales. Entre sus libros se destacan *Tratado de culinaria para mujeres tristes* (1997), *Fragmentos de amor furtivo* (1998), *Basura* (2000), *Angosta* (2003), el libro de poesía *Testamento involuntario* (2012). *El olvido que seremos* (2006, Premio Wola-Duke en Estados Unidos y Casa de América Latina en Lisboa), su obra más leída es una novela autobiográfica y el libro más vendido en Colombia, traducido a más de diez idiomas. Ha sido periodista y columnista de las revistas *Cambio y Semana*, y actualmente publica sus crónicas y artículos en el diario *EL ESPECTADOR* y es colaborador habitual de *EL PAÍS* de Madrid. Además, es Director de la Biblioteca de la Universidad Eafit en Medellín.